
Ricardo Wagner

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8951

Título: Ricardo Wagner

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Ricardo Wagner

Ya lo dijo Ibsen: Con la palabra humano, con la expresión es humano tapamos, disfrazamos y excusamos todas las cobardías y transacciones del corazón y el carácter.

Es humano que se dé a un hambriento falsas esperanzas de saciar su hambre, y que sobre el esqueleto del mísero lloremos luego nuestra hipocresía sin fin, pues sobre el hijo, el nieto y el tataranieto de la víctima, proseguiremos vertiendo, luego de haberla engañado hasta matarla, nuestras inacabables lágrimas humanas.

En 1842 Ricardo Wagner se hallaba en París. Este hombre de genio conocía ya en esa época lo que es la miseria; pero la que soportaba en esos instantes sobrepasaba la resistencia de un hombre robusto. Si no sufría hambre, en el sentido estricto de la palabra, ello se debía a un enorme trabajo hasta las más altas horas de la noche, transcribiendo y reduciendo músicas por un mendrugo de pan.

Esto mismo llegó a faltarle. Logró, tras infinitas penurias, obtener de un ilustre compositor francés unas líneas de recomendación para el director de un teatro de Burdeos, no sabemos para qué insignificante cargo.

Lleno de ilusiones, Wagner se dirigió a Burdeos con un bastón al hombro y su atado de ropa en la extremidad, a pie. No podía permitirse otro lujo.

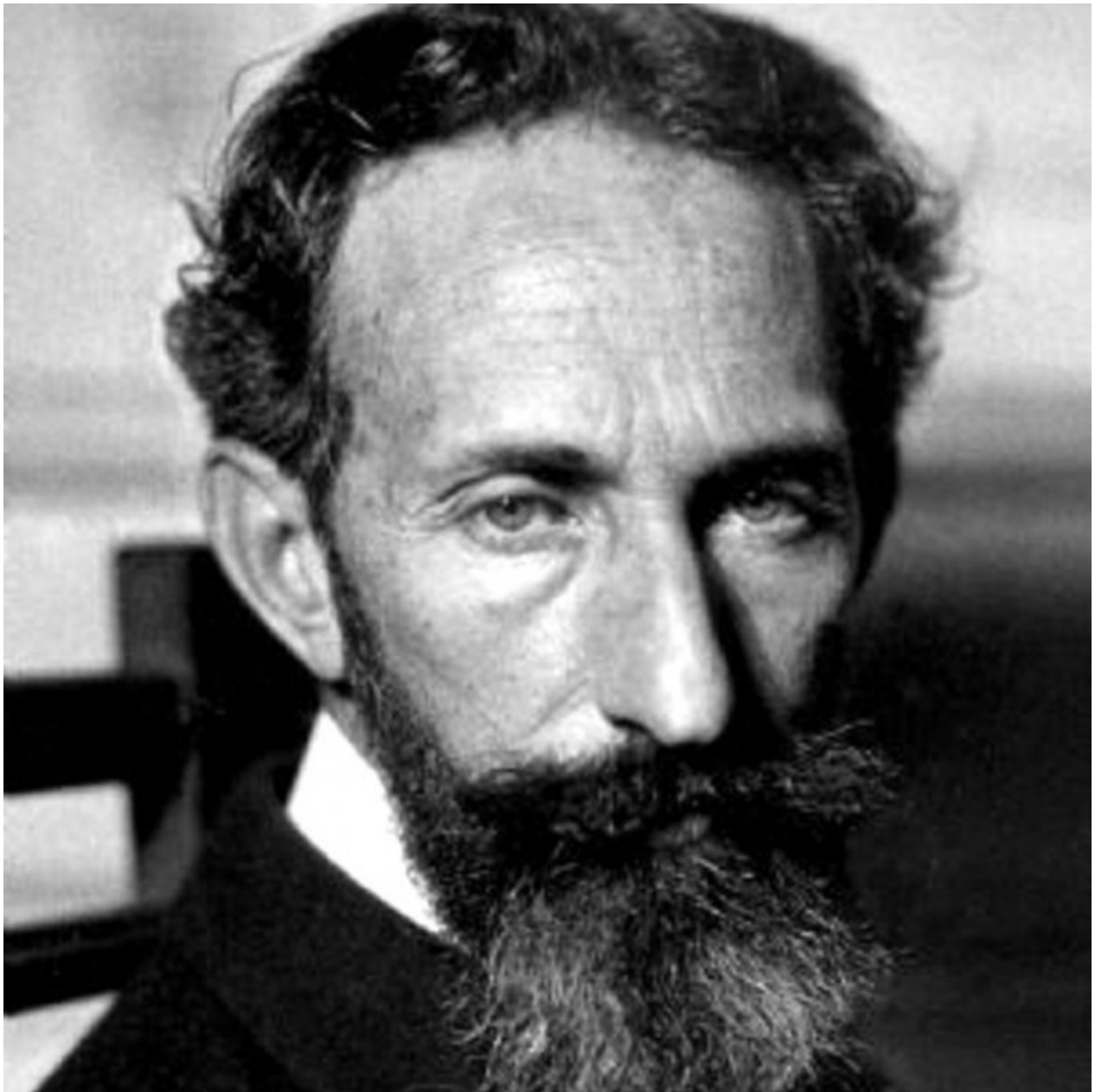
Rotoso, extenuado, Wagner presentó su carta de recomendación; pero cuando el director del teatro comenzaba a leerla, fue llamado y salió bruscamente, dejando la carta sobre su mesa.

El forastero, a dos pasos, la contemplaba abierta. El diablo tentó a Wagner, e inclinándose, leyó lo que sigue: “Querido maestro: No sabiendo cómo deshacerme del pobre diablo que se presentará a usted, le he dado esta carta. Deshágase usted a su vez de él como pueda”, etc., etc.

Con su atado al hombro, Wagner reemprendió viaje a París.

Bien. Para un mortal cualquiera, abrumado y hambriento, el incidente era ya de una mordacidad sangrienta. Pero piénsese en el hombre que la había sufrido. Para quien había ya compuesto “Rienzi” y “El Buque Fantasma”, la lectura de la carta aquella era un cáliz tanto o más amargo que el que se apuró en otro momento en el Monte de los Olivos. Hemos sido redimidos del pecado original por medio de un sacrificio. Algo sin embargo pesa aún sobre la Humanidad, cuando proseguimos ignorando, befiendo, sacrificando y llorando luego, a los cristos de nuestra propia raza.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)